

De la cultura política a la etnografía de las prácticas. Balance crítico y caja de herramientas *From Political Culture to Ethnography of Practices. Critical Balance and Tool Kit*

Edison Hurtado

Recepción: 29-06-2023

Aceptación: 31-07-2023

Resumen

Este artículo retoma coordenadas analíticas sobre la relación entre cultura y política, con el fin de orientar una caja de herramientas teórico-metodológicas a ser utilizadas en la investigación empírica sobre prácticas políticas. Se presentan las críticas más relevantes al modelo clásico de estudio sobre cultura política, para luego formular elementos de un marco analítico con factores de economía política, estructura social, incentivos institucionales y agencia política. Se muestran esbozos empíricos de una agenda de investigación cualitativa y etnográfica sobre prácticas políticas. Se cierra con un acápite heurístico sobre la aproximación etnográfica en ciencias sociales.

Palabras clave: cultura política, etnografía política, sociología de las prácticas.

Abstract

This article takes up analytical coordinates on the relationship between culture and politics, in order to guide a box of theoretical-methodological tools to be used in empirical research on political practices. The most relevant criticisms of the classic model of study on political culture are presented, to then formulate elements of an analytical framework with factors of political economy, social structure, institutional incentives and political agency. Empirical outlines of a qualitative and ethnographic research agenda on political practices are shown. It closes with a heuristic section on the ethnographic approach in social sciences.

Keywords: political culture, political ethnography, sociology of practices.

Introducción

Dentro de la sociología y la ciencia política, lo que se conoce como “cultura política” constituye un campo de debate que, pese a estar bastante establecido, aún sigue siendo dinámico, abierto y prolífico (incluso en contra de cierta ortodoxia que no quiere ver en este campo otra cosa que no sean encuestas de opinión). El supuesto que subyace a este campo de debate es que las personas son portadoras de valores, nociones, ideas, esquemas, códigos, representaciones, percepciones que condicionarían su relacionamiento con el mundo de la política y dotarían de sentido a su participación en ella. Cultura, por un lado, y política, por el otro, estarían imbricados constantemente. A breves rasgos, las discusiones en este campo giran en torno a las definiciones y supuestos teóricos en uso tanto de cultura como de política, así como al tipo de relaciones heurísticas que se establecen entre ambos conceptos¹. Ello deriva también, según los casos, en discusiones de corte metodológico desde dos polos: a) la recurrente crítica al uso de encuestas “que solo captan el fenómeno de forma superficial” y/o b) la preocupación por la “validez” y “representatividad” de los estudios cualitativos y etnográficos. Tras esta discusión, según las diversas perspectivas que se adoptan, subyace un problema en torno a la capacidad explicativa (a las relaciones de causalidad) entre “cultura política”, sistema político y estructura social. ¿Qué potencialidad explicativa tiene “la cultura” al momento de dar cuenta de “la política”? ¿Cómo se puede rastrear empíricamente tal relación? ¿Qué otros factores inciden en las interacciones entre estas esferas?

Este artículo, que hace parte de una agenda de investigación sobre sociología y etnografía de las prácticas políticas, sitúa algunas coordenadas dentro de las discusiones sobre la relación entre cultura y política, con el fin ulterior de bosquejar una caja de herramientas teórico-metodológicas a ser utilizadas en la investigación sobre cómo se hace política. Primero, aunque ha corrido mucha tinta sobre el tema, aún es necesario explicitar y superar un conjunto de supuestos conceptuales y de operacionalizaciones metodológicas que se han heredado de la formulación clásica sobre cultura política (Almond y Verba 1963). En especial, aún persiste la preocupación funcionalista

1 A decir de Benedicto (1995: 247), “el énfasis en la importancia de la dimensión cultural de la vida política es una constante que puede rastrearse a lo largo de toda la historia del pensamiento social y político. Muchos pensadores (Locke, Burke, Montesquieu o Tocqueville por solo citar algunos ejemplos conocidos) se han referido, de manera más o menos precisa, a la existencia de una serie de rasgos, tradiciones o valores comunes, a una base cultural que poseería una incidencia directa sobre la conducta política que caracteriza a una sociedad determinada”.

en torno a la in-adecuación entre sistema político y cultura política. Es decir, que los problemas de la democracia (de la política, en general) se originarían en un déficit de cultura democrática, en que los ciudadanos “aún no han cultivado virtudes cívicas” o en que “hace falta un cambio de cultura o de actitudes”. A veces, y con mucha frecuencia en Ecuador, incluso se diseñan reformas políticas con fines de “pedagogía democrática” o para construir en la población “un tipo de cultura” acorde a los principios de la democracia representativa. Estas nociones de sentido común mantienen a la cultura política como la “caja negra” de la que se echa mano cuando no se logra explicar el comportamiento político (Morán 1997): aún se sigue “culpando” a la cultura política por “sorpresas” en los resultados electorales, o por comportamientos “no esperados” de ciudadanos y funcionarios en la arena política o, incluso, cuando se cultivan y se vuelven protagónicas ideologías de polarización extrema y comportamientos violentos.

¿Cómo analizar el efecto de “lo cultural” en la acción política?
 ¿Cómo explicar, por mencionar algo, las incongruencias entre los diseños institucionales y las prácticas de los actores? ¿Cómo entender el “eterno retorno” de patrones de comportamiento, pero también las innovaciones y los cambios en los modos de entender y hacer política?
 ¿Cómo estudiar el reiterado uso de formas personalistas, rentistas, predatorias, etc. en el funcionamiento de partidos, colectivos, gremios empresariales, burocracias locales, etc.? ¿Toda emergencia de actores supone nuevas maneras de operar políticamente, o las gramáticas culturales y códigos de acción preceden a los recién llegados? Si bien no se puede dar contestación a este tipo de preguntas sin una formulación empírica, contextual y procesual, tampoco cabe ver en “la cultura” una fuente explicativa de lo que no se comprende. Como veremos más adelante, tampoco se trata solo de sacar la batería de métodos mixtos para etnografiar lo micro o investigar la *small n*.

En segundo lugar, el artículo esboza herramientas para tratar de entender cómo la gente concreta hace política, no la estadísticamente computada, ni la que se “refleja” en una encuesta de opinión, ni la que es un “dato” a recolectar siguiendo una pauta en una “entrevista” (demasiado) estructurada. Es la base de una agenda de investigación: una sociología de las prácticas políticas con inspiración etnográfica. Por último, el artículo cierra con un acápite sobre la aproximación etnográfica en ciencias sociales.

La cultura política: los legados parsonianos

Para situar el debate, vale recordar que, en las ciencias sociales contemporáneas, fue la publicación de *The Civic Culture* de Gabriel Almond y Sidney Verba lo que inició en 1963 un “nuevo interés” por la cultura política. Según Almond (1991), este interés era “nuevo” en la medida en que el fenómeno siempre estuvo ahí, ya desde los pensadores griegos, sin que se haya abordado de forma empírica. El origen del término “cultura política” se lo deberíamos al filósofo ilustrado alemán del siglo XVIII, J. G. Herder. Somers (1997) identifica en cambio el origen de esas preocupaciones en el *Segundo Ensayo del Gobierno Civil* (1690) de Locke, mientras que para Przeworski et. al (2003), los orígenes de la preocupación sobre la cultura política solo se remontan a las *Cartas persas* (1721) de Montesquieu². En todas estas preocupaciones subyacía un interés por la ética de los pueblos, incluso, por la mayor o menor humanidad de los pueblos del Nuevo Mundo, fuera de Europa. Siguiendo a Morán (1997), incluso se podría decir que los griegos fueron los creadores no solo de las preocupaciones por la cultura política, sino de la política misma (al menos en Occidente); la *Oración Fúnebre de Pericles* recogida por el historiador Tucídides puede considerarse como uno de los primeros testimonios escritos sobre estos temas³.

The Civic Culture

Si bien el libro *The Civic Culture* puede ser un punto de partida para la discusión, no hay que olvidar que a lo largo de los años el libro recibió largas y exhaustivas críticas. En efecto, se puede consultar una amplísima bibliografía sobre el tema (Benedicto 1995; Almond y Verba 1980; Somers 1997a y 1997b; Castillo y Crespo 1997; Morán 1997; Gibbins 1989; Heras 2002; Winocur 2002). En este texto, sin

2 “Montesquieu, en sus *Cartas persas* (1721) y después en *El espíritu de las leyes* (1748) fue el primero en afirmar que cada forma de gobierno exige la presencia de patrones culturales determinados, para mantenerse y funcionar eficazmente. Cada sistema parte de un principio soberano: el despotismo se basa en el temor, la monarquía en el honor, la república en la virtud. Cada sistema de gobierno se basa en estos principios que lo hacen funcionar, principios que, a su vez, deben ser compatibles con los otros elementos de la cultura” (Przeworski et al. 2003: 2).

3 “La democracia ateniense requería un compromiso general con el principio de la virtud cívica: dedicación a la ciudad-Estado republicana y subordinación de la vida privada a los asuntos públicos y al bien común (...) Los ciudadanos podían realizarse y vivir honorablemente solo en la *polis* y a través de ella” (Held 1997: 26).

embargo, interesa resaltar algunos supuestos que aún es menester explicitar, así como las principales críticas que luego servirán para formular herramientas para el estudio de las prácticas.

Tal vez valga recordar que, siguiendo a la teoría de la modernización que impregnó gran parte de la producción politológica anglosajona de los años 1950, la academia norteamericana de posguerra apostó por el análisis del *espíritu nacional* de un país con respecto a la política (Chilcote 1981). Sin salirse del paradigma de la modernización, Gabriel Almond y Sidney Verba, en *The Civic Culture*, trataron de abandonar explícitamente este tipo de estudios. Prefirieron la *cultura política* como ámbito temático porque les permitía utilizar, desde la ciencia política, los aportes de los marcos conceptuales de la antropología, la sociología y, sobre todo, la psicología. Su apuesta era aplicar con rigor las herramientas de análisis de una psicología no freudiana, sino más bien conductual, y así rescatar las dimensiones subjetivas que incidirían en la política. Su presupuesto básico, parsoniano, era que los valores de las personas se habían instalado en su personalidad gracias a un proceso de socialización y adecuación de los fines sociales en los individuos. Rastrear, a través de una encuesta, las valoraciones sociales, ayudaría a entender cómo se produce una adecuación (más o menos) funcional entre la cultura política y el sistema político.

En *The Civic Culture* se define la cultura política como el conjunto de las orientaciones psicológicas de los miembros de una sociedad en relación con la política. A partir de allí, los autores, siguiendo el esquema de Parsons y Shils (1951) sobre la estructura de la acción social, distinguen tres orientaciones o posiciones que el sujeto puede adoptar: cognitivas, afectivas y evaluativas. Estas se diferencian según tengan por objeto al sistema político en su conjunto, los objetos políticos (*inputs*), los objetos administrativos (*outputs*) y el propio sujeto como actor político. Tres serían los principales tipos de cultura política: a) la cultura política parroquial, b) la cultura política de súbdito, c) la cultura política participante. De ellos, el que más se aproxima al paradigma democrático es el último, lo cual muestra la adecuación buscada entre sistema democrático y cultura democrática. Estos tres tipos de cultura política habría que entenderlos como tipos ideales en el sentido weberiano.

Metodológicamente, los autores dirigieron una encuesta de valores por muestreo aleatorio en cinco países (Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania, Italia y México) y cotejaron sus preguntas con los tipos ideales propuestos. La principal conclusión fue que solamente en Gran Bretaña, y en menor medida en los Estados Unidos, la cultura política presentó las características atribuidas a los modelos de democracia moderna. Este diseño metodológico es, a decir de los propios autores, una verdadera innovación para la época. Se trataba de realizar una comparación a nivel de cinco países, tomados ellos como indicativos de un alto, mediano y bajo desarrollo democrático. Era, asimismo, un innovador uso de las herramientas de la psicología para indagar, a través de la encuesta, las orientaciones psicológicas de las personas: sus conocimientos, evaluaciones y actitudes. Con el paso del tiempo, “preguntar a la gente sobre su conocimiento de las instituciones políticas, sus preferencias por tal o cual sistema de gobierno y el juicio que le merecen los métodos, los agentes y los resultados políticos, es hoy una actividad común en el mundo entero” (Przeworski et al. 2003: 4). Fue la innovación de Almond y Verba, junto con *The People's Choice* de Paul Lazarsfeld (1944) lo que produjo el boom en la industria de las encuestas.

En todo caso, el interés de los autores, desde un funcionalismo conductivista, era analizar en qué medida los miembros de las cinco naciones analizadas encajaban o no en el patrón de cultura política más congruente con los sistemas democráticos estables: la cultura cívica. Pone énfasis en el carácter estructural, colectivo, integrador y homogéneo de los valores y las creencias. Como sintetiza Jorge Benedicto (1995: 249):

al hablar de cultura política se hace referencia a un fenómeno de carácter colectivo, resultado de la interacción constante que se produce en la estructura social entre individuos, grupos e instituciones, la cual tiene su plasmación en sistemas estructurados de valores y creencias básicas referidos fundamentalmente a las relaciones entre el poder y los ciudadanos y que estos hacen suyos en diferentes grados, dotando así de sentido a su acción política y a la del propio sistema.

De hecho, Almond y Verba critican el enfoque de clivajes (Lipset y Rokkan 2007) ya que, pese a que éste reconoce ciertas características estructurales como condiciones para la democracia, no toma en cuenta

a “las bases psicológicas” de apoyo a la democratización. Encuentran que las correlaciones de Lipset y Rokkan (2007) (sobre trabajo, región, religión, ideología, nivel de ingreso, etc.) son pertinentes, pero les hace falta *el sustrato aglutinador propio de la cultura*, entendida esta como el factor de integración de la sociedad. Haría falta una correspondencia entre una democracia idealizada y unos ciudadanos portadores de una cultura cívico-participativa. Este giro es fundamental porque aleja de las estructuras (clivajes) sociales y afianza una primacía de los valores.

Empresas como el World Values Survey, Latinobarómetro, Eurobarómetro y otras, siguen apostando a un modelo teórico similar y a unas estrategias metodológicas de igual cuño, por todo el potencial de comparabilidad y de grandes muestras que implica. Cabe destacar, sin embargo, que no se trata de aplicaciones acríticas. Más bien, hay toda una sofisticación en los modos de preguntar, en la calibración de las muestras, en las hipótesis que se testean, en los cruces de variables, etc. En una revisión interesante de esta perspectiva, Ronald Inglehart (1990) analizó un cambio en la cultura política, provocado por el declive de preocupaciones *materialistas* (derechos, ingresos, consumo) y la emergencia de valores *posmaterialistas* (con otro tipo de necesidades, como identitarias, culturalistas, ecológicas) en una estructura social derivada de un alto nivel de desarrollo económico en sociedades europeas y nórdicas. Siendo que la cultura política proporciona “mapas” a los actores de lo que pueden esperar en un contexto social y político dado, las encuestas de Inglehart reflejaban realidades emergentes y nuevas preferencias valorativas (lo que llamó una *revolución silenciosa*) que, en la actualidad, habría que testear nuevamente a la luz del desmantelamiento de los Estados de Bienestar, las políticas de precarización laboral y la emergencia de nacionalismos de derechas en Europa.

Actualmente, la sofisticación metodológica para analizar datos de encuestas de opinión pasa ya no solo por capturar correlaciones o simples cálculos (y comentarios superficiales) de estadísticas descriptivas, sino modelos econométricos con variables dependientes categóricas, sin olvidar los análisis factoriales como las correspondencias múltiples y la formación de clusters. El campo de producción es enorme, así como la innovación en temas, variables e

indicadores⁴. Como es sabido, lo que suele suceder en el análisis de estas encuestas es que se imputan correlaciones (y hasta causalidades) entre variables, con mayor o menor respaldo teórico, pero sin detallar los mecanismos que concatenan las variables independientes con las dependientes (para lo cual, usualmente, se recurre a otras técnicas cuanti o cuali).

Balance crítico

La obra de Almond y Verba recibió críticas de todo orden. Es más, los mismos Almond y Verba editaron en 1980 una revisión de su texto de 1963 a la que titularon *The Civic Culture Revisited*, marcando algunas distancias y varias puntualizaciones con respecto a su trabajo anterior.

El conjunto de críticas puede ser organizado, desde lo general a lo particular, como de carácter ideológico-normativo, teórico y metodológico. A nivel ideológico, Gibbins (1989) ve en este estudio una muestra de etnocentrismo angloamericano al imponer una comparación entre los principios de la democracia estadounidense y la adecuación o no de esa cultura política en otros contextos⁵. Desde parámetros normativos, la mejor crítica a Almond y Verba es la desarrollada por Margareth Somers (1997a; 1997b). Su crítica, anclada en lo que llama una sociología histórica de la formación de conceptos, que rescata la historicidad de las teorías y de sus fundamentos epistemológicos, ve en la cultura política de Almond y Verba una forma política de pasteurizar lo cultural. Su argumento es que el concepto de cultura política es una versión naturalizada y naturalizante de una concepción angloamericana de ciudadanía (que la autora identifica en Locke). Una que, particularmente, excluye el conflicto y el disenso, y valora más la agregación, la adecuación a normas y, en el fondo, la estabilidad de

4 En un trabajo cuantitativo reciente (Pereira y Hurtado 2022) analizamos, por ejemplo, las emociones que despiertan los candidatos presidenciales en Ecuador. Medimos emociones positivas y negativas de personas que votaron por un candidato y de aquellas que votaron por otros candidatos. Los hallazgos muestran la relación entre odio, afecto, ira, simpatía y el comportamiento electoral.

5 Para una etnografía de la política, no es menor el esfuerzo por distanciarse de los preceptos normativos liberales: “La filosofía liberal identifica la acción política con una acción solitaria, es más, silenciosa y secreta, cuyo paradigma es el voto, ‘compra’ de un partido dentro del secreto de una cabina electoral. Al hacer esto, reduce el grupo a la serie, la opinión movilizada de un grupo colectivo organizado o solidario a una agregación estadística de opiniones individuales expresadas (...) La acción política se encuentra reducida a una forma de acción económica” (Bourdieu 2001: 44).

los sistemas políticos. Se trata de una concepción liberal que aboga por la primacía de la sociedad civil (y el mercado) sobre el Estado: aquella otorga una primacía de lo privado sobre lo público, dejando a la cultura como una simple agregación de preferencias individuales. A partir de allí, Somers encuentra una continuidad entre la concepción liberal de la ciudadanía y el papel naturalizado de la cultura (donde priman valores de mercado) en la cultura política de Almond y Verba. Su crítica también es, entonces, a los vestigios parsonianos adoptados acriticamente por Almond y Verba.

A nivel teórico, es decir, al enfoque analítico de *The Civic Culture*, se le han hecho varias críticas. Una primera provino del análisis sistémico de David Easton (1992), para quien el supuesto central del concepto de cultura cívica era que los comportamientos políticos y sociales giran en torno a un conjunto de valores y de normas consensualmente aceptados. Esta idea fue desafiada por el análisis sistémico porque consideraba que cada sistema político constituye un mecanismo abstracto, sin carga de valores específicos, cuya supervivencia depende de su capacidad para entregar respuestas satisfactorias a las demandas sociales que recibe el gobierno. La cultura política jugaría, en el esquema sistémico de Easton, solo un papel interviniente.

Przeworski et al. (2003) critican ampliamente el supuesto según el cual la cultura – tal como la definen Almond y Verba – incide en la política. Se preguntan si efectivamente hay una relación causal entre la cultura de la democracia y el apareamiento y sostenimiento de las instituciones democráticas. Su análisis, basado en correlaciones sobre distintas variables aplicadas a varios países, muestra que tal imputación de causalidad no tiene mayor sustento. Según estos autores, no se puede suscribir las tesis culturalistas de forma tan tajante (“la cultura democrática es condición para las instituciones democráticas”) ya que, más bien, se encuentran otras correlaciones significativas entre posibilidades de establecer un régimen democrático y distintos niveles de ingresos, mayor alternancia en el poder, mayor crecimiento económico, etc.

Por otro lado, varios otros autores han insistido en la crítica al concepto mismo de cultura que ponen en juego Almond y Verba. Es recurrente la crítica al uso de la noción parsoniana de cultura que se queda en las orientaciones de valor agregadas y pone énfasis en

las bases psicológicas de apoyo a la democratización, sin dar cuenta de procesos heterogéneos de producción de sentido o de conflicto o cambio en torno a ideas o posiciones en el campo político (Auyero 1999). Esta noción de cultura política, dice Morán, se convirtió “en un factor decisivo para apuntalar una sociología del orden y del consenso que en su momento tuvo importantes implicaciones para el estudio de la modernización y del desarrollo político” (1997: 11-12).

De forma no muy distinta, las evaluaciones de la literatura que hacen Eder (1997), Swidler (1997) y otros como Benedicto (1995), también se pueden presentar como dos momentos que se podrían entender como el paso de una noción cerrada y funcionalista de la cultura a una en la que los sentidos están en conflicto. Klaus Eder (1997), por ejemplo, resalta una paradoja de la cultura, en la medida en que aparentemente (con Parsons) la cultura agrega, integra, genera consenso, pero bien podría plantearse que ésta, al ser el espacio de las interpretaciones, podría, por el contrario, disociar, separar. En la teoría tradicional, dice Eder (1997: 95-96):

la cultura vincula [...] La cultura es el concepto que comprende aquello que es colectivamente compartido, común. [...] La cultura es también un factor político porque es un factor de integración, integra lo que de otro modo se desharía en pedazos. Cultura nacional y cultura política son fórmulas para los intentos de uso político de la idea de integración cultural... Mi tesis es que la cultura hace precisamente lo contrario [...] La cultura disocia. La cultura posee solo la función de proporcionar un significado a las orientaciones de la acción. Y, como todos sabemos, es precisamente en torno a los significados en donde la cultura se rompe.

En cuanto a las críticas metodológicas, primero parece oportuno rescatar lo que se conoce como la “innovación metodológica” que propusieron Almond y Verba en 1963 (y que sigue inspirando esa “industria de los sondeos”). Esta innovación, dicen Przeworski et al. (2003: 4), radica en el uso de encuestas para “preguntar a la gente lo que saben, lo que les gusta y lo que aprecian”. Esto permite captar una de las preferencias en sondeos de opinión, y hacer comparaciones, pero es muy limitado que la cultura quede reducida a una singular distribución de las respuestas.

La duda que siembran estos autores tiene que ver con la forma de operacionalizar la variable “cultura”, desde la psicología, que realizan Almond y Verba. Bajo esa impronta teórico-metodológica, en realidad, mucho del trabajo sobre cultura política no trata sobre las dimensiones culturales de la vida social, sino sobre las preferencias agregadas de individuos consultados en un momento específico. Desde Almond y Verba, lo que los sondeos de opinión buscan son las valoraciones, orientaciones y afectos de individuos. Su enfoque, en estricto sentido, apela a las dimensiones psicológicas de individuos. El truco está en que, una vez agregados los datos de una encuesta, lo que son opiniones individuales se convierten en insumos de una cultura compartida por una población específica. No pocos son los autores que ven en esta agucia, una forma demasiado elemental de abordar la cultura.

Desde una crítica más etnográfica, la cultura desde las encuestas es apenas la punta del ovido de un mundo de significaciones complejo:

It is understandable that a survey questionnaire could seem to psychologists to be a device to study culture in everyday life. Surveys take psychological research out of the artificial limitations of experiments on undergraduate students in university laboratories. But in the sociological research tradition, survey methods have held a place analogous to the psychologist's laboratory. To sociologists, the study of anything as it exists in everyday life is likely to mean a move beyond survey methodology (Katz 2004: 609).

Posiciones culturalistas y etnográficas ven en las encuestas solo pobres sustitutos de herramientas heurísticas:

En los estudios actuales, la manera en que la política afecta e involucra la vida diaria de la gente de carne y hueso está (casi completamente) ausente o representada por el pobre sustituto de las encuestas de opinión [...]. Lejos de ser una actividad restringida a las élites nacionales o provinciales, para algunos, la política es una práctica cotidiana, aun cuando no lo sepan (Auyero 2001: 40)⁶.

La cuestión es, ¿cómo explicar las prácticas y las orientaciones políticas de los actores sin caer en una reificación-reconstrucción de la cultura como “porcentajes de preferencias”? Afortunadamente,

⁶ Énfasis en el texto original.

dentro del debate sobre cultura política ha tenido lugar una evolución expansiva y positiva de estudios sobre prácticas sociales y políticas (Castillo 2008; Vommaro y Quirós 2011; Wolford 2011; Auyero 2012; Gené 2012; Hurtado et al. 2018; Lomnitz 2001; Madrid 2019). Se ha pasado de contar exclusivamente con un paradigma tradicional para el estudio de la relación entre cultura y política, a una pluralidad de conceptualizaciones, operacionalizaciones y ejercicios heurísticos, muchos de ellos guiados por trabajo de campo cualitativo y etnográfico. La argucia de entender la cultura a través de encuestas ha sido complementada (y desafiada) poco a poco, con una preocupación situada por las prácticas políticas de actores situados. La cultura como preferencias (opiniones, valoraciones, orientaciones) individuales agregadas da paso a un enfoque donde la cultura se expresa en procesos y en la interacción. A la vez, el paso teórico abre el campo a un paso metodológico, donde toman protagonismo lo etnográfico y lo cualitativo. Se pasa de un nivel de análisis de encuesta a uno de trabajo de campo, que reconstruye procesos, eventos y tramas de sentido.

Como colofón, es de notar que Heras (2002) separa la literatura sobre cultura política por campos disciplinarios. Distingue entre los estudios politológicos que han abonado, sobre todo, el carácter comparativo y cuantitativo de los estudios de cultura política a través de encuestas (política comparada), y los estudios interpretativos más cercanos a la sociología política y a la antropología, donde, a partir de un enfoque etnográfico de cultura, se resaltan las dimensiones significativas de la vida política a través de metodologías más cualitativo-hermenéuticas. Heras (2002) encuentra legítimo el hecho de que los estudios de política comparada acudan a una concepción de cultura (unidad de análisis) que pueda ser homogénea a nivel de una unidad de registro (un país, por ejemplo) y que, a la vez, permita su comparabilidad con otras unidades de registro. Lo interesante es que podemos recurrir a cierto eclecticismo que combine estudios cualitativos de caso, con estudios amplios y comparados. Esta es, por supuesto, la salida más sensata a las aporías metodológicas que contraponen estudios cualitativos versus cuantitativos.

Sociología y etnografía de prácticas políticas

Con todos los cambios en objetivos, diseño y expectativas de investigación, el paso de la encuesta a la etnografía no es solo una

cuestión de método o, si acaso, de complementariedad de métodos mixtos o de triangulación de técnicas. Subyace a este giro una teorización sobre la relación entre “lo cultural” y la acción política, que María Luz Morán (1997) calificó como un “retorno de la cultura a primer plano”. En esta lógica, se mira más allá de la politología anglosajona para recuperar, por ejemplo, los trabajos sobre la cultura obrera de E.P.Thompson (1989), la sociología de la acción colectiva, en especial aquella que analiza marcos de acción y economías morales de indignación (Benford y Snow 2000; Gamson 1992), o los estudios sobre sociología de las prácticas de inspiración bourdiana (Auyero 1999; Hurtado 2013). En especial, se retoma el amplísimo trabajo de la antropología política, con autores clásicos como Whyte (1971), Marshall Sahlins (1963), Evans-Pritchard (1977) o John Gledhill (2000). Algunas herencias se retoman en la antropología del Estado y la micropolítica (James Scott 1990).

Desde la sociología, el trabajo de Ann Swidler (1997) sintetiza un paso sustancial al buscar una explicación cultural de la acción política o, si se quiere, un marco analítico de cómo las tramas de sentido afectan al comportamiento político, modulando factores explicativos a partir de lo que la gente hace. Reiterando la crítica a la cultura como valores que integran, Swidler propone que son las estrategias de acción, más bien, donde se expresan y forjan universos de sentido que comparten de forma situada los distintos actores, pero que a la vez están abiertos a significaciones a desarrollarse en la práctica. El sentido de la acción no viene fijado (ni se reduce a un porcentaje), sino que se produce de forma situacional. Los anclajes teóricos de esta mirada provienen tanto de Clifford Geertz (2005) como de Pierre Bourdieu (2002): se concibe la cultura como un conjunto de herramientas de sentido, abierto al uso concreto de los actores. Como en una pieza de jazz, los actores comparten un guión, pero pueden improvisar (afinar y desentonar). En concreto, Swidler propone un enfoque con tres partes:

En primer lugar, ofrece una imagen de la cultura como ‘juego de herramientas’ de símbolos, relatos, rituales y visiones del mundo que la gente puede utilizar con diversas configuraciones para resolver distintos tipos de problemas.

En segundo lugar, para analizar los efectos causales de la cultura, se centra en las ‘estrategias de acción’, los modos de ordenar la acción que persisten a lo largo del tiempo.

En tercer lugar, entiende que la significación causal de la cultura

no es la de definir los fines de la acción, sino la de proporcionar los componentes culturales utilizados para construir estrategias de acción (1997: 129).

En esta perspectiva, que rememora la tradición weberiana, la cultura no es un conjunto de preferencias individuales o de opiniones agregadas, sino una trama de sentidos compartidos que se manifiestan en (y dan cauce a) la interacción. Estudiar los aspectos culturales de la política supone cambiar la unidad de análisis y enfocarse en las estrategias de los actores en interacciones específicas. Las estrategias, como los repertorios de acción (Tilly 2000; 2002), no solo son acciones concretas, sino que expresan los marcos de sentido que estructuran las contiendas públicas y políticas (Swidler 1997). La cultura influye en la acción porque da sentido a las estrategias a través de las habilidades y las competencias que desarrollan los agentes.

Esta línea es la que inspira a Auyero (1999), quien también opera con una concepción pragmática de cultura que retoma de Ann Swidler (y de Bourdieu): “La cultura como ‘caja de herramientas’ hace referencia a un conjunto históricamente estructurado y estructurante de habilidades, estilos, repertorios, esquemas, de los cuales los actores se sirven – no deliberada ni conscientemente en la mayoría de las ocasiones – para organizar sus prácticas” (1999: 21). Se trata, entonces, de abandonar “un abordaje a la cultura centrado en las ideas, creencias compartidas o en valores individuales (un enfoque que se deriva de Weber y Parsons), sino [apostar por] una perspectiva que ve a la cultura como un conjunto de prácticas socialmente organizadas, in-corporadas y/o institucionalizadas” (Auyero 1999: 21).

Rescatando la tradición alemana del *verstehen*, la etnografía no es solo una serie de técnicas convencionales de trabajo de campo, observación participante, entrevistas en profundidad, trabajo de archivo, etc., sino una forma de hacer ciencias sociales que privilegia la dimensión comprensiva en el estudio de las prácticas sociales (Katz 2002). Quizá fue Clifford Geertz (2005) quien más claramente puso énfasis en las virtudes de la etnografía como una posibilidad analítica que ahonda en la comprensión de la vida de las personas, y no solo como un conjunto de técnicas de recolección de información de primera mano. Su propuesta es que la etnografía es una inmersión en un entramado socialmente construido de relaciones de poder y de relaciones de significados. La etnografía – dice – no es otra cosa que

“descripción densa”, es decir, la observación, interpretación y análisis de las estructuras de significación que se revelan en las acciones humanas. La tarea de la descripción densa es captar y explicar el sentido de las acciones de los hombres, pero no de manera solipsista, sino contextual e históricamente situada.

Esta perspectiva centrada en las prácticas políticas de la gente corriente, pero también de los operadores políticos, los funcionarios públicos o los militantes de organizaciones, ayuda a situar el peso específico que pueden tener los sentidos al momento de estructurar la acción (Hurtado 2013). Como esquemas que moldean la disposición a las prácticas, la cultura opera como trama de sentidos socialmente disponibles del que se valen los actores para estructurar los modos en que entienden los escenarios de acción, las formas que usan para *hacer política* y las expectativas que tienen de otros actores y del desenlace de la interacción. Esta aproximación no puede olvidar las tramas institucionales, sociales y políticas en que están inmersas, ni los contextos socioeconómicos que también estructuran la cultura.

Esta es la base de algunas investigaciones empíricas que he desarrollado con base en trabajo de campo etnográfico. En especial, he puesto en operación la sociología de las prácticas para estudiar las redes políticas en contextos marginales urbanos de México, con un doble juego político. Desde la segregación urbana, los líderes vecinales modulan su participación política para gestionar demandas de sus barrios (colonias) (Hurtado 2014). Por su lado, desde la máquina política, las redes partidistas hacen trabajo político territorial para incrementar su capital político y transarlo en el campo político por candidaturas al gobierno local o nacional, o cargos en el aparato burocrático (Hurtado 2013)⁷.

Conjuros para la etnografía

Los estudios etnográficos de la política pueden tener limitaciones si solo se los ve como anecdóticos o como la reconstrucción de microcosmos que muestran particularidades ininteligibles desde visiones normativas macro. Tres conjuros pueden mejorar la pertinencia y la compatibilidad de lo micro y lo macro.

⁷ Un ejercicio más puntual de etnografía de la protesta está en Hurtado (2005). Una revisión de la noción de trabajo político fue compilada en la revista *Iconos* No. 60 (Hurtado et al. 2018).

En primer lugar, la etnografía no puede estar desarticulada de la economía política ni del funcionamiento de las instituciones. Los contextos importan, ya sea para entender las estructuras económicas o para identificar las reglas y los incentivos que imprimen las instituciones a los individuos. Trabajos como los de Nancy Scheper-Hughes (1997), Wendy Wolford (2011), Auyero y Swistun (2008), Héctor Castillo (2008) o el clásico de Barrington Moore (2007), entre otros, nos ayudan a mirar las condiciones de acumulación, explotación y dominación como la base en donde se activa la política cotidiana, rutinaria, contenciosa o institucional. Del lado de la economía política, el ascenso de subjetividades neoliberales y de regímenes de emociones antipolíticas se produce en contextos de extensiva erosión de lo público, de economías de depredación y desposesión, de vínculos rentistas y predatorios con el Estado y el mercado (Brown 2015). Por su lado, François Dubet (2021) y Richard Sennet (2012) nos enfatizan en que el declive de la fraternidad y de la vida pública solo se produce en contextos de ampliación de las desigualdades y en el retraimiento de las coberturas y los derechos sociales. La emergencia de una derecha nacionalista y polarizante no se puede entender sin los escenarios de precarización (Hochschild 2016).

En segundo lugar, construir teoría a partir de casos, como nos dice Howard Becker (2019), supone que pensemos el caso en perspectiva comparada. Es decir, no por adentrarnos etnográficamente en las particularidades de un universo social específico tenemos que abandonar el principio de que un caso, es un caso de algo más general, que puede variar en función de contextos, procesos o factores económicos o de diseño institucional (Giménez 2012; Gundermann 2008). Los *modos de hacer* que ocurren en un contexto pueden tener equivalencias u otras manifestaciones en otros lugares. En palabras de Geertz, “el lugar de estudio no es el objeto de estudio. Los antropólogos no estudian aldeas (tribus, pueblos, vecindarios...); estudian *en* aldeas” problemas de investigación generales (2005: 33)⁸. El punto es que ese acercamiento a lo particular no pierde de vista lo general. El uso de la teoría en etnografía encuentra los mecanismos y las explicaciones que, desde lo macro, no se visualizan. En la formulación de las explicaciones y descripciones etnográficas, se cuele un uso flexible,

8 Énfasis en el original.

pero a la vez rico de hipótesis y marcos analíticos (Ragin 2007)⁹.

Jack Katz (2001; 2002) plantea justamente algunos modos que las etnografías hilan a partir de los *cómo*, las explicaciones sobre el *por qué*. Lo hacen principalmente a través de la formulación de descripciones y explicaciones teóricamente fundadas que dan cuenta de aparentes paradojas, hiatos, incongruencias, etc. que desde la lógica explicativa nomológica deductiva se pierden. Katz sostiene que en las prácticas sociales se presentan distintas encrucijadas que, de no ser analizadas desde cerca, son “conjeturadas” sin ningún apego a juicio empírico. Se dan casos, dice Katz, en que una paradoja lo es solo si se mira desde un punto de vista lejano. Cuando no se acerca el lente, sino que se acerca a la persona, las cosas no solo parecen más significativas, sino que en realidad uno puede entender, poco a poco, que estando en la posición de *alter ego* haría lo mismo.

De forma similar, ya Charles Tilly (2002) había advertido que, en ocasiones, la pregunta por el *por qué* tiene escaso o nulo interés. Es mejor – dice Tilly – abordar el problema de *cómo vive la gente* y de ahí tratar de explicar *por qué hace lo que hace*. Se trata de una perspectiva *emic* en la cual las prácticas sociales tienen un valor significativo para la indagación sociológica.

En tercer lugar, la agencia política no se puede colegir solo de las condiciones sociales habilitantes (o no) para la acción. En su trabajo sobre acción colectiva, Viviane Brachet nos recuerda que la agencia también debe ser explicada, a raíz de las estructuras y los contextos, pero sin limitarse a ellos (Brachet 2012; Arteaga y Brachet 2011). En clave bourdiana, si bien los capitales son recursos que facultan un margen de acción, la posición en el campo de disputa constriñe las interacciones y los *habitus* estructuran los modos de proceder: hay un momento en que los agentes evalúan y activan cursos de acción específicos. Si algún margen hay para la agencia en las estructuras sociales, es menester de la indagación empírica explicitar los factores objetivos y los sentidos *emic* que explican la conformación de estrategias de acción particulares.

⁹ Un trabajo realmente esclarecedor de cómo opera la teoría en la etnografía política se encuentra en Wolford (2011). La autora contrapone una explicación marxista y una de acción racional para dar cuenta de la militancia política en el movimiento de los sin tierra (MST) en Brasil. La mirada etnográfica al contexto, al proceso y a las bases militantes y a personas concretas (en particular, la vida de Cícero), le lleva a descartar ambas aproximaciones y formular una nueva, donde las (aparentes) contradicciones toman sentido.

Con estos tres breves insumos, se puede proponer un modelo analítico que acople factores estructurales, institucionales y agenciales como la base de la etnografía de las prácticas políticas. Los denomino conjuros, porque pueden servir para exorcizar los miedos que usualmente tiene la ciencia más ortodoxa. Los contextos importan, los diseños institucionales moldean los incentivos para la interacción y la agencia que se produce de forma situada. La práctica, en ese sentido, muestra una racionalidad contextual. Las estrategias de acción se anclan en esas disposiciones para intervenir en el curso de lo social. Los actores competentes son diestros tanto para reforzar lógicas de acción como para trastocarlas. Será tarea de la investigación empírica describir la densidad de las tramas de interacción, y hacer analíticamente inteligible la racionalidad situada de las contiendas políticas. Así, la cultura explica la acción política, pero de un modo en que se describen y explican las prácticas y no solo se agregan opiniones individuales expresadas frente a una batería de preguntas.

Bibliografía

- Almond, Gabriel y Sidney Verba. 1963. *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Princeton: Princeton University Press.
- Almond, Gabriel y Sidney Verba. 1980. *The Civic Culture Revisited*. Boston: Little Brown.
- Almond, Gabriel. 1991. “La historia intelectual del concepto de cultura cívica”. En *La democracia en sus textos*, editores Del Águila, Rafael, Fernando Vallespín, Rafael del Águila, José Antonio de Gabriel Pérez, Elena García, Ángel Rivero. Madrid: Alianza Editorial.
- Arteaga, Javier y Viviane Brachet Márquez. 2011. *Dominación y contienda. Seis estudios de pugnas y transformaciones (1910-2010)*. México: El Colegio de México.
- Auyero, Javier y Débora Swistun. 2008. *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*. Argentina: Paidós.
- Auyero, Javier. 1999. *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- Auyero, Javier. 2001. *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.
- Auyero, Javier. 2012. “Los sinuosos caminos de la etnografía política”. *Pléyade*, n.º 10: 15-36.
- Becker, Howard. 2019. *Mozart, el asesinato y los límites del sentido común: Cómo construir teoría a partir de casos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Benedicto, Jorge. 1995. “La construcción social de los universos políticos de los ciudadanos”. En *Temas de Sociología Política*, editores Benedicto, Jorge y María Luz Morán. Madrid: Ariel.

- Benford, Robert y David Snow. 2000. "Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment". *Annual Review of Sociology* 26: 611-639.
- Bourdieu, Pierre. 2002. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre y Loic Wacquant. 2005. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre. 1991. *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre. 2001. *El campo político*. La Paz: Plural.
- Brachet Márquez, Viviane. 2012. "Contienda y dominación: una propuesta para teorizar la desigualdad". *Estudios Sociológicos XXX*, n.º extraordinario: 111-156.
- Brown, Wendy. 2015. *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpaso.
- Castillo, Ismael y Pilar del Creso. 1997. *Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Castillo, Héctor. 2008. "La basura. Pепенadores y tiraderos". En *La ciudad de México a debate*, coordinador Legorreta, Jorge, 247-271. México: Ediciones EON, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco.
- Chilcote, Ronald. 1981. *Theories of Comparative Politics*. Colorado: Westview.
- Dubet, François. 2021. *La época de las pasiones tristes*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Easton, David. 1992. "Categorías para el análisis sistémico de la política". En *Diez textos básicos de Ciencia Política*, editor Batlle, Albert, 221-230. Barcelona: Ariel.

- Eder, Klaus. 1997. “La paradoja de la cultura. Más allá de una teoría de la cultura como factor consensual”. *Zona Abierta*, n.º 77-78.
- Evans Pritchard, Edward. 1977. *Los Nuer*. Barcelona: Anagrama.
- Gamson, William. 1992. *Talking Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Geertz, Clifford. 2005. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gené, Mariana. 2012. “Prácticas, destrezas y códigos del trabajo político en democracia. Una aproximación desde el Ministerio del Interior en Argentina”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales UNAM LVII*, n.º 215: 71-96.
- Gibbins, John. 1989. *Contemporary political culture. Politics in a Postmodern age*. Londres: Sage.
- Giménez, Gilberto. 2012. “El problema de la generalización en los estudios de caso”. *Cultura y representaciones 7*, n.º 13: 40-62.
- Gledhill, John. 2000a. *El poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*. Barcelona: Bellaterra.
- Gledhill, John. 2000b. “Estados poscoloniales: los legados de la historia y las presiones de la modernidad”. En *El poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*, editor Gledhill, John, 149-201. Barcelona: Bellaterra.
- Gundermann, Hans. 2008. “El método de los estudios de caso”. En *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, coordinadora Tarrés, María Luisa. México: Colmex, Flacso-México, Porrúa.
- Held, David. 1997. *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*. Barcelona: Paidós

- Heras, Leticia. 2002. “Cultura política: el estado del arte contemporáneo”. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales* 9, n.º 30: 275-291.
- Hochschild, Arlie Russell. 2016. “The Ecstatic Edge of Politics: Sociology and Donald Trump”. *Contemporary Sociology* 45, n.º 6: 683-689.
- Hurtado, Edison. 2005. “Lo que pasó en Ciespal. Apuntes etnográficos sobre el poder, los medios y los sin-sentidos de la violencia”. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, n.º 23: 63-82.
- Hurtado, Edison. 2013. “El trabajo político. Prácticas políticas e intermediación de demandas urbanas en colonias populares de Tlalpan, Ciudad de México, 2009-2012”. Tesis de doctorado en sociología, Colegio de México.
- Hurtado, Edison. 2014. “Actores, escenarios y tiempos. Algunos desafíos para estudiar la acción colectiva en colonias populares”. En *Arenas de conflicto y experiencias colectivas. Horizontes utópicos y dominación*, editoras Tarrés, María Luisa, Diana Silva y Laura Montesdeoca, 297-352. México: El Colegio de México.
- Hurtado, Edison, Martín Paladino y Gabriel Vommaro. 2018. “Las dimensiones del trabajo político: destrezas, escalas, recursos y trayectorias”. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales* n.º 60: 11-29.
- Hurtado, Edison y María Pereira López. 2022. “Líderes políticos en Ecuador: atributos y emociones”. En *Comunicación y política en Ecuador*, editores Rivera, José Manuel, Nieves Lagares, Pablo Oñate y Paulo Carlos López, 121-154. Quito: Pontificia Universidad Católica Quito, Universidad Santiago de Compostela.
- Inglehart, Ronald. 1990. *Culture Shift in Advanced Industrial Societies*. New Jersey: Princeton.

- Katz, Jack. 2001. "From How to Why. On Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (part I)". *Ethnography* 2, n.º 3: 443-473.
- Katz, Jack. 2002. "From How to Why. On Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (part II)". *Ethnography* 3, n.º 1: 73-90.
- Katz, Jack. 2004. "Everyday lives and extraordinary research methods". *Social Science Information* 43, n.º 4: 609-619.
- Lazarsfeld, Paul, Bernard Berelson y Hazel Gaudet. 2021. *The people's choice: How the voter makes up his mind in a presidential campaign*. New York: Columbia University Press.
- Lipset, Seymour y Stein Rokkan. 2007. "Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales". En *Diez textos básicos de Ciencia Política*, editor Batlle, Albert, 231-273. Barcelona: Ariel.
- Lomnitz, Larissa. 2001. *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*. México: Porrúa, Flacso-México.
- Madrid Tamayo, Andrea. 2019. "Etnografía de las elecciones seccionales de 2019 en el Ecuador. Una mirada antropológica sobre la cultura política ecuatoriana el día de la votación". *Democracias* 7.7: 69-101.
- Moore, Barrington. 2007. *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Morán, María Luz. 1997. "Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural". *Zona Abierta*, n.º 77-78.
- Parsons, Talcott y Edward Shils. 1951. "Values, Motives and Systems of Action". En *Toward a General Theory of Action*, compiladores Parsons, Talcott y Edward Shils. Cambridge: Harvard University Press.

- Przeworski, Adam, José Antonio Cheibub y Fernando Limongi. 2003. “Cultura e democracia: uma visao nao culturalista”. *Nova*, n.º 58: 9-36.
- Ragin, Charles. 2007. *La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Sahlins, Marshall. 2011. “Hombre pobre, hombre rico, gran hombre, jefe: tipos políticos en Melanesia y Polinesia”. En *Antropología política. Textos teóricos y etnográficos*, editoras Galán, Beatriz Pérez y Aurora Marquina, 165-190. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Scheper Hughes, Nancy. 1997. *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Ariel.
- Scott, James. 2000. *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Era.
- Somers, Margaret. 1997a. “¿Qué hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de conceptos”. *Zona Abierta*, n.º 77-78: 31-94.
- Somers, Margaret. 1997b. “Narrando y naturalizando la sociedad civil y la teoría de la ciudadanía: el lugar de la cultura política y de la esfera pública”. *Zona Abierta*, n.º 77-78: 255-337.
- Swidler, Ann. 1997. “La cultura en acción: símbolos y estrategias”. *Zona Abierta* n.º 77-78: 127-162.
- Thompson, Edward Palmer. 1989. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Tilly, Charles. 2000. “Acción colectiva”, *Apuntes de Investigación*, n.º 6: 9-32.
- Tilly, Charles. 2002. “Event Catalogues as Theories”. *Sociological Theories* 20, n.º 2: 248-254.

- Vommaro, Gabriel y Julieta Quirós. 2011. “‘Usted vino por su propia decisión’: repensar el clientelismo en clave etnográfica”. *Desacatos* 36: 65-84.
- Whyte, William Foote. 1971. *La sociedad de las esquinas*. México: Diana.
- Winocur, Rosalía. 2002. *Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*. México: M.A. Porrúa Editores, IFE, Flacso-México.
- Wolford, Wendy. 2011. “La importancia de la etnografía: acerca de la movilización y el desarrollo social en el noreste de Brasil”. En *Acción e interpretación en la sociología cualitativa norteamericana*, compiladores Auyero, Javier y Rodrigo Hobert, 327-363. Quito: Flacso-Ecuador, EPC Ediciones.